

Entre memoria y renovación: mi paso por la Bauhaus

Marcela Ceballos González

Deseemos, proyectemos, creemos todos juntos la nueva estructura del futuro.

Walter Gropius, Manifiesto Bauhaus, 1919.

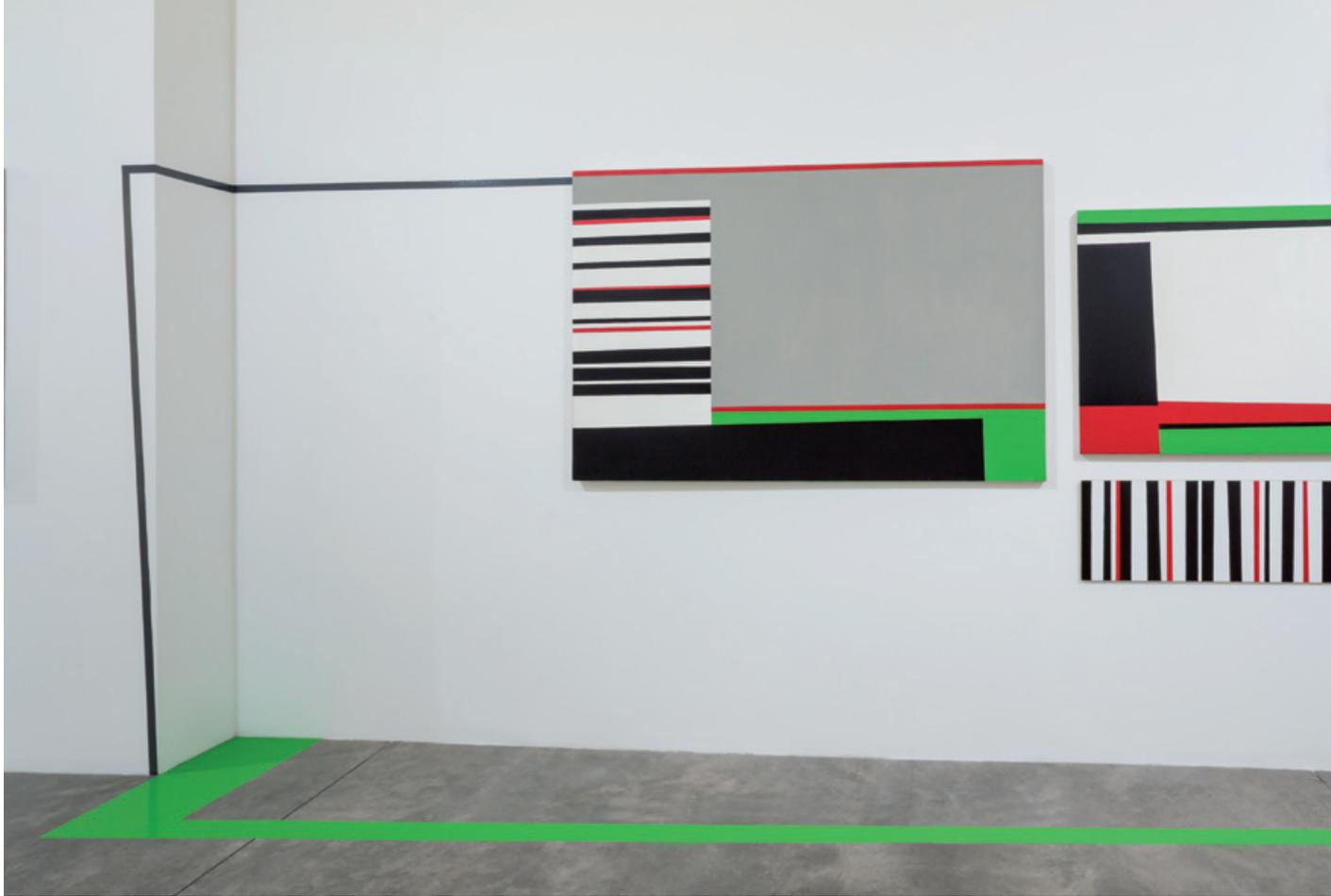
Creo que casi cualquier diseñador, artista o arquitecto puede imaginarse lo que significó para mí el hecho de tener al frente el inconfundible edificio de altas fachadas blancas y enormes paredes de vidrio, el edificio de la Bauhaus. Tantos veces lo había visto antes en libros, afiches y presentaciones, y tanto me habían hablado de él en mis clases de la universidad. Se me erizó la piel, se me aguaron los ojos y bombardeé con fotos a mi grupo familiar de *WhatsApp*. Obviamente, las respuestas de mi padre –artista– y de mi tío –arquitecto– no se hicieron esperar, y juntos celebramos mi llegada a la ciudad de Dessau, en Alemania, y mi siguiente año como estudiante en la maestría que ofrece la Fundación Bauhaus-Dessau junto con dos universidades locales. Yo, simplemente, no podía creerlo: iba a ser estudiante en la Bauhaus, el lugar donde nació mi profesión y que tanto protagonismo había tenido en mi pregrado de Diseño Industrial y en mi posgrado en Gestión Cultural. Las expectativas de lo que iba a vivir en la icónica escuela eran, claro, muy altas.

En 1926, la Bauhaus abrió su sede en Dessau después de dejar Weimar, donde fue fundada, por discrepancias políticas. A pesar de que otras ciudades compitieron por tener a la Bauhaus en su territorio, los integrantes de la escuela estaban altamente atraídos por el crecimiento industrial de Dessau en aquel momento, y fue allí donde esta tuvo su periodo de mayor notoriedad gracias al apoyo del gobierno local y de muchos industriales de la ciudad. En este lugar, la Bauhaus encontró la posibilidad de llevar a

cabo sus ideas de repensar la vida y las relaciones humanas por medio de la creación de nuevos entornos artificiales y, sobre todo, por tomar acción en la *formación* de la sociedad moderna: no valía la pena rescatar nada de lo que dejaba la guerra recién terminada, y todo lo que allí se gestara debía representar una renovación para la construcción del futuro.

En Dessau, la Bauhaus experimentó con materiales y formas en gigantescos talleres que eran considerados laboratorios vivos de investigación y colaboración permanente. También esbozó aproximaciones pedagógicas y disciplinarias de lo que hoy conocemos como diseño, sirvió de consultora para muchas empresas y creó barrios que reflejaban nuevas formas de vivienda, interacción y encuentro. Además, instauró una idea transgresora de democratización del arte y del diseño con la que fomentaba creadores sin pretensiones clasistas y muy conscientes del posible impacto de su obra en la configuración de la sociedad.

Con todo esto en la cabeza, el inicio de mi tiempo en Dessau constituyó entonces un dejarme llevar por las ganas de descubrir el lugar y por el deslumbramiento de estar pisando los corredores y salones donde los admirados maestros de la Bauhaus desarrollaron sus propuestas controversiales y dejaron todo un legado para las disciplinas creativas que hoy conocemos. Esto pasaba, además, en un entorno internacional, con estudiantes de todos los continentes que veníamos atraídos por la idea generalizada de que allí, en la Bauhaus, íbamos a tener acceso a las últimas tendencias con las que se estaba abordando la enseñanza, investigación y aplicación del diseño. Altas expectativas, sin duda.



En el edificio transparente –tal como lo quería Walter Gropius, para que todo pudiera ser visto desde fuera–, justo en el gran salón que solía ser el taller de metales, estábamos nosotros, los estudiantes actuales de la Bauhaus. Los días empezaron a pasar y con ellos, diferentes profesores y asignaturas; también el otoño pasó y los atardeceres magníficos de mi primer invierno, que se dejaban ver a través de las vidrieras gigantes, mientras adentro se desarrollaban las actividades y discusiones propuestas en la maestría. Y los días pasaban y los trabajos en grupo se llevaban el corto tiempo de luz que diciembre ofrecía y, de cuando en cuando, la puerta se abría y un grupo de turistas asomaban sus cámaras mientras el guía les mostraba cómo hoy, todavía, había estudiantes en la Bauhaus. La actividad del momento se interrumpía por unos curiosos e incómodos minutos, la puerta se cerraba, y todo proseguía sin comentarios.

Poco a poco me fui también dando cuenta de que la perspectiva que tenía desde afuera

empezaba realmente a ser otra estando adentro: eran contados los profesores y las asignaturas que exacerbaban mi motivación. En la maestría no parecían estar muy al tanto de algunos movimientos de diseño que me habían guiado profesionalmente hasta entonces, precisamente por su enfoque social, colectivo y democrático. Y, en una generalización tal vez atrevida, debo decir que muchos se dedicaron a repetir una y otra vez la historia de la Bauhaus, los conceptos tal cual fueron planteados en su época y, para mi creciente desilusión, sin una aproximación clara de inserción de estos conceptos al mundo contemporáneo. Lo que saltaba a la vista eran los permanentes esfuerzos por mantener intacto el legado de la Bauhaus sin reinterpretaciones concretas y, en general, todo lo que me repetían ya lo había leído o escuchado antes. Entonces, poco a poco, surgía en mí la inquietud de si el legado de la Bauhaus estaba siendo olvidado por el interés mismo de conservarlo, y la Bauhaus se convertía, para mi tristeza, en simplemente



Beatriz Olano, *Entrelazado*, acrílico sobre lienzo, MDF, pared y piso, dimensiones variables, 2005. Foto: Carlos Tobón

un nombre, unos edificios, unas técnicas y en unos objetos estáticos que dejaban a un lado la propuesta renovadora y disruptiva características de la escuela de hace un siglo.

Mientras esto sucedía, también pude darme cuenta de que Dessau era una ciudad con muy poco para hacer. Una ciudad muy, muy pequeña, y con la tercera población más anciana de toda Europa. Un domingo podía uno salir a caminar por el medio de la calle principal sin riesgo de que pasara carro alguno ni de cruzarse con más de un transeúnte. A esto se sumaba que Dessau fue una ciudad muy golpeada por la guerra, no solo por los múltiples bombardeos hostiles sino por aquello de haber apoyado a semejante vanguardia cuando el régimen nazi se instauró, y nunca pudo superar el hecho de apenas estar empezando a florecer industrialmente cuando el régimen cerró la Bauhaus, echó a todos estos visionarios de la ciudad y re direccionó la movida de la industria.

Dessau se mostraba entonces como una ciudad algo olvidada, a pesar de los miles de turistas que recibía. Pero estos llegaban, veían el edificio y volvían esa misma tarde a alguna ciudad cercana. Muchos estudiantes también hacían lo mismo. A fin de cuentas, me fui encontrando con que estaba en una ciudad bastante quieta, lo que fomentó rápidamente el encuentro entre compañeros para cocinar, debatir sobre los trabajos, y quejarnos un poco del frío, de las retroalimentaciones difíciles de interpretar de los profesores alemanes y de lo poco que había para hacer en ese lugar.

En este punto, el edificio vanagloriado ya era para mí como cualquier otro edificio del que incluso tenía una llave para andar a mis anchas, y al que iba todos los días a estudiar. Ya no tenía ese atractivo inicial, y yo ya no estaba deslumbrada. Así que, poco a poco, me fui interesando cada vez más en las espontáneas tertulias que se daban en el café, más que en el

aula, con algunos profesores magníficos, y sobre todo, en las recurrentes conversaciones y los lazos que estaba teniendo con algunos de mis compañeros que lentamente se fueron convirtiendo en grandes amigos con los que caminé por horas en los bosques que rodean la ciudad mientras descifrábamos la vida y el significado de estar compartiendo ese momento en ese lugar tan particular.

Muchas veces nos preguntamos si esas mismas conversaciones trascendentales las tuvieron en los mismos bosques los maestros de la Bauhaus el siglo pasado. Y nos preguntábamos si el edificio o la ciudad tenían una magia particular que hacían que estas conversaciones se dieran. O si simplemente era la desmitificación misma del lugar la que le daba tanta magia al encuentro y a la conversación. Así, me fui dando cuenta de que no era ni el edificio ni el nombre ni la gran tradición que cobija la maestría, lo que empezaba a tornarse como el gran fruto de estar allí. Era más bien la oportunidad de esas conversaciones y reflexiones profundas y continuas sobre la vida. Tal y como lo hacían el siglo pasado en la Bauhaus, estábamos volviendo una y otra vez al detalle, dándole la vuelta a los mismos temas, cambiando una y otra vez la perspectiva de las mismas cosas. ¡Maravilloso!

Llevo acá en Alemania casi tres años, y he vuelto a la Bauhaus solo una vez desde que me gradué. Allá me encontré con algunos amigos y repetimos el ritual de recorrer los corredores del edificio, tomarnos juntos una cerveza en el café y caminar por los bosques circundantes. En esta visita agradecí mucho mi tiempo allí, un año entero de estar en un lugar en el que no había nada para hacer, sino pasar tiempo conmigo y con otras personas que estaban en mi misma situación. Agradecí las formas tan diferentes de hacer y de pensar que me mostraron algunos profesores y amigos, que al inicio me costaron tanto, y agradecí profundamente a uno de mis maestros que tanto nos repitió que

allí no nos estaban dando respuestas de nada, sino que estábamos siempre, juntos, construyendo preguntas y desarmando y renovando ideas.

Esto me recuerda que la constante búsqueda de la Bauhaus por encontrar la esencia de las formas y de los materiales, y sus múltiples estudios realizados sobre el cuerpo, la forma, el color y el uso de los objetos, no tuvieron en la Bauhaus una finalidad puramente teórica y disciplinaria en su momento, sino también una finalidad filosófica. Lo que proponían no era una teoría del color, a pesar de la teoría del color. Ni de la forma, a pesar de la teoría de la forma. Era una reflexión permanente sobre la vida, sobre las relaciones y los entornos humanos, sobre cómo hacer llegar el diseño y las artes a todos los rincones de la vida cotidiana. Esta filosofía es el gran legado de esta escuela y, más allá de quedarnos exclusivamente en el elemento de admiración por lo que fue la Bauhaus, podríamos preguntarnos qué vamos a hacer con ese legado. ¿Vamos a repetirlo, inmutable, hasta que ya no tenga un sentido? ¿Vamos a reinterpretarlo para que pueda insertarse en este momento que vivimos? Creo que son buenas preguntas para celebrar su centenario.

Paul Klee decía que una vez declarada una forma como terminada, lo único que quedaba era la muerte, que formar implicaba movimiento y transformación. Este maestro de la Bauhaus confirmaba entonces que el reto no era la búsqueda por llegar a la forma terminada, sino lograr mantener el movimiento que implica formar, construir. Claramente, seguir formándose es un reto difícil para una institución que lleva el peso y la historia de semejante nombre cien años después de la fundación de la Bauhaus. Y encontrar el balance entre conservar –que es, además, lo que atrae a miles de turistas al año–, y renovar la tradición, no es tarea fácil. Muchos esfuerzos se están haciendo cada vez más, sobre todo con la gran oferta de actividades que se presenta este año

para la celebración del centenario, pero la pregunta sigue siendo la de cómo una entidad con tanto peso podrá trascender su carga histórica y ajustarse a los retos que enfrenta la humanidad en este comienzo de siglo.

Hace cien años, la Bauhaus empezaba su labor, entusiasta, con la idea de romper modelos y proponer nuevas estructuras sociales. En este momento, donde casi todo es artificial, y las relaciones humanas se desarrollan dentro del mundo material, impera la necesidad de volver a esas preguntas de la Bauhaus, que no eran ni por las sillas ni por las casas ni por los edificios en sí, sino por un llamado a todas las disciplinas (solo las creativas en ese entonces) por cambiar modelos de pensamiento, por plantear formas de relacionarnos y por retomar la preocupación por el proyecto, la proyección, el futuro.

Claramente, da alegría que la reinterpretación del Ballet Tríadico de Schlemmer haya vendido toda su boletería en solo un día. Y que este año se vaya a abrir el nuevo museo de la Bauhaus en pleno centro de Dessau –con la intención de involucrar más a la comunidad en los procesos de la institución y de hacer que los turistas conozcan esa parte de la ciudad–. Pero me gustaría ver, por ejemplo, un nuevo manifiesto de la Bauhaus para este siglo xxi. ¿Cómo sería? ¿A qué invitaría? ¿Quién tendría la potestad para publicarlo? ¿Qué retos incluiría?

La preservación y renovación del legado de la Bauhaus es una tarea que no solo le compete a la Fundación Bauhaus-Dessau, ni a los dos archivos y museos de la Bauhaus en Weimar y Berlín. El llamado de la Bauhaus en su manifiesto original es a todos los artistas, arquitectos, artesanos, diseñadores a cuestionar su momento en el mundo. A reconocer el presente y *crear* el futuro. A preguntarnos cómo somos y cómo queremos ser como sociedad. La validez de estas preguntas sigue vigente para todos. El manifiesto o los manifiestos contemporáneos

de la Bauhaus están aún por ser escritos, y todas las disciplinas deberían participar en semejante reto.

Si queremos celebrar los cien años de la Bauhaus y hacerle honor a esta escuela magnífica, hagámoslo admirando el teatro de Schlemmer, la obra de Kandinsky y de Paul Klee, los edificios de Gropius y de Mies van der Rohe, los tejidos impecables de Annie Albers, o la experimentación material de Moholy-Nagy. Hagámoslo también conversando mucho y haciéndonos suficientes preguntas sobre cómo cambiar paradigmas en nuestras sociedades actuales, sobre cómo fomentar la vida en común, la acción colectiva, y la creación de nuevos valores y formas de relacionarnos a partir de la creación del mundo artificial. Hagámoslo dejando de admirar a la Bauhaus como un objeto de culto, para poder acercarnos sin vendajes a su legado filosófico y a su llamado a hacer, a pensar y a transformar individual y colectivamente nuestros entornos y sociedades.

Referencias

- Bauhaus Cooperation: 100 Years of Bauhaus Website. (2016). Master 1920-1931 Paul Klee. Retrieved November 11, 2016, de <https://www.bauhaus100.de/en/past/people/masters/paul-keel/index.html>
- Gropius, W., & Moholy-Nagy, L. (2010). "Manifiesto of the Bauhaus and Education and the Bauhaus", en: G. Adamson (Ed.), *The Craft Reader* (pp. 554-558), Nueva York, Berg Publishers.
- Ingold, T. (2010). "Bringing Things to Life: Creative Entanglements in a World of Materials", en: *World*, 44 (Julio), 1-25. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
- Klee, P. (1953). *Pedagogical Sketchbook*, Londres, Faber and Faber Limited.

Marcela Ceballos González es diseñadora industrial graduada de la Universidad Pontificia Bolivariana, Magíster en Gestión Cultural de la Universidad de Antioquia y MSc en Design Research de la Bauhaus-Dessau Foundation y la Anhalt University of Applied Sciences en cooperación con la Universidad Humboldt de Berlín.